

la corrección ya en marcha. La poesía europea asistía en Coppet en la persona de muchos representantes célebres. Zacharias Werner, uno de los originales de esta corte, y de quien se representaba *Atila* y otros dramas, con gran refuerzo de señoras alemanas, escribía por ese tiempo (1809) al consejero Schneffer (atenuamos dos ó tres rasgos, en los que la imaginación del místico poeta, á pesar suyo sensual y voluptuosa, se ha extendido demasiado): « Madama de Staël es una reina, y todos los hombres de inteligencia que viven en su círculo no pueden salir de él porque ella les retiene con una especie de magia. Todos esos hombres no están, como creen locamente en Alemania, ocupados en fórmula; por lo contrario ellos reciben de ella la educación social. Posee de una manera admirable el secreto de ligar los elementos más heterogéneos, y todos los que la rodean, á pesar de estar divididos por opiniones diferentes, están de acuerdo para adorar á este idolo. Madama de Staël es de estatura mediana, y su cuerpo, sin tener una elegancia de ninfa, posee la nobleza de proporciones... Es bonita, morenita, y su rostro no es literalmente muy bello; pero se olvida todo cuando se ven sus soberbios ojos, en los cuales una gran alma divina no chispea, sino que echa fuego y llamas. Y si ella deja hablar completamente su corazón, como ocurre con frecuencia, se ve cómo vierte todavía todo lo que tiene de grande y de profundo en un ingenio, y entonces es preciso adorarla como sus amigos A.-W. Schlegel y Benjamin Constant, etc. » No es inútil figurarse al autor galante de esta pintura, Werner, de extraña apostura, atiborrado de tabaco, provisto de una enorme tabaquera, en donde buceaba con abundancia, durante sus largas digresiones eróticas y platónicas sobre la *andrógena*; su destino era correr sin cesar, decía, tras de la otra mitad de sí mismo; y de ensayo en ensayo de divorcio en divorcio, no desesperaba de llegar al fin á reconstituir su todo primitivo. El poeta danés Celenschlaeger contó detalladamente una visita que hizo en Coppet, y habla del bueno de

Werner en este sentido : Nosotros sacaremos del relato de Celenschlaeger algunas otras observaciones.

« Madama de Staël vino bondadosamente ante mí y me rogó que pasase algunas semanas en Coppet, al mismo tiempo que bromeaba con gracia sobre mis faltas en el francés. Me puse á hablarla en alemán; ella comprendía muy bien esta lengua que sus dos hijos hablaban muy bien también. Encontré en casa de Madama de Staël á Benjamin Constant, á Augusto Schlegel, al viejo barón Voght d'Altona, á Bonstetten de Ginebra, al célebre Simon de Sismondi y al conde de Sabrán, el único de toda esta reunión que no sabía alemán... Schlegel estuvo cortés conmigo, pero frío... Madama de Staël no era bonita, pero tenía en el brillo de sus ojos negros un encanto irresistible y poseía en el más alto grado el don de subyugar los caracteres más rebeldes y de conciliar por su amabilidad hombres de antipatía mutua. Tenía la voz fuerte, el rostro un poco varonil, pero el alma tierna y delicada... Por aquel entonces escribía un libro sobre Alemania y nos leía cada día una parte. Se la acusa de no haber estudiado por sí misma los libros de que ella habla en esa obra y de haberse sometido completamente al juicio de Schlegel. Es falso. Ella leía en alemán con la mayor facilidad. Schlegel tenía, es verdad, alguna influencia sobre ella; pero muy frecuentemente difería de la opinión de él, y le reprochaba su parcialidad. Schlegel, por cuya erudición é ingenio sentó gran respeto, estaba en efecto imbuído de parcialidad. Colocaba á Calderón sobre Shakespeare; vituperaba severamente á Euther y Herder. Estaba, como un hermano, infatuado de aristocracia... Si se añaden á todas las cualidades de Madama de Staël, que era rica y generosa, no se extrañará que haya vivido en un castillo encantado como una reina, como un hada; y su varilla mágica era tal vez esa varita de árbol que un criado debía colocar todos los días sobre la mesa, al lado de su cubierto, y que ella agitaba durante la conversación. » A falta de ramaje del muérdago sagrado, era el abanico ó el

cuchillo de marfil ó de plata ó simplemente un pequeño estandarte de papel que agitaba su mano, mano inquieta de soberana. En cuanto al retrato de Madama de Staël, se ve que cuantos lo han descrito están de acuerdo respecto á las líneas principales desde M. de Guibert hasta Oelenschlaeger y Werner. Dos fieles y verdaderos retratos á pincel nos dispensarian desde luego de todos esos bocetos literarios; el retrato pintado por Madama Lebrún (1807) que nos presenta Madama de Staël en Corina, la cabeza descubierta, la cabellera rizada, una lira en la mano; y el retrato con turbante, por Gérard, compuesto después de muerta, pero siguiendo de un perfecto recuerdo. Reuniendo algunos bosquejos de diversas plumas contemporáneas, creemos no haber hecho nada inútil; nunca fatigan esas numerosas concordancias cuando se refieren á personas queridas, admiradas y desaparecidas (1).

La poesía inglesa, que durante la guerra del continente, no había podido asistir á este congreso del pensamiento domiciliado en Coppet, apareció en 1816, representado por Lewis y Byron. Este último, en sus *Memorias*, ha hablado de Madama de Staël de un modo afectuoso y admirativo, á pesar de algunas ligerezas en tono de *Oráculo*. Conviene, estragado como está, en que ella ha hecho de Coppet el lugar más agradable de la tierra por la sociedad que en él recibe y que anima con su talento.

Ella, por su parte, le juzga el hombre más seductor de Inglaterra, añadiendo : « Le creo con la suficiente sensibilidad de una mujer. » (2)

(1) Un rasgo esencial de la amplia hospitalidad de Coppet era un fondo de orden en medio de tanta variedad y diversión; no se sentía toda la comodidad de la riqueza, ni ninguna de esas profusiones que minan demasiado frecuentemente y degradan de cerca brillantes existencias. Aquí una mano dadivosa hacía la escena fácil y abría amplia participación al drama y á la novela por una prudente economía de medios. En una palabra, gózase, sin ver los recortes del hábil manejo de una gran fortuna. La hija de M. Nécker, en medio de tantos contrastes como asociaba, habla todavía asimilado esto de su padre.

(2) Cerca del pasaje en que juzga así á Byron, decía como por una

Pero, lo que no se puede expresar de Coppet en los años más brillantes, es lo que ahora quisierais recoger, vosotros todos, corazones adolescentes ó desengañados, rebeldes ahora apasionados por el menor de los recuerdos, ávidos de un ideal que no esperáis ya para vosotros, que sois todavía lo [que hay de más bello sobre la tierra, después del genio, puesto que podéis admirarlo con lágrimas y presentirlo, es el secreto y los pensamientos entrecruzados de aquellos huéspedes bajo estas frondosidades; son las charlas en pleno día á lo largo de bellas aguas cubiertas de verdura. Un huésped habitual de Coppet, que interrogaba en este sentido mi curiosidad conmovida (no es ninguno de los que he nombrado antes) (1), me decía : « Había salido una mañana del *Chateau* para tomar el fresco; me había echado sobre la hierba espesa, cerca de un estanque, en un lugar del parque muy solitario, y miraba soñando al cielo. De pronto oí dos voces; la conversación era animada, secreta y se acercaba. Quise hacer ruido para advertir que estaba allí; pero dudé; hasta el punto de que la conversación continuando y estableciéndose á algunos pasos de mí, fué ya tarde para interumpirles y tuve que escucharlo todo, reproches, explicaciones, promesas, sin mostrarme y sin atreverme á respirar » — ¡ Hombre feliz ! le dije; y, ¿ cuáles eran esas dulces voces? ¿ qué ha oído? — Y como el delicado escrúpulo del paseante no me contestase más que á

asociación natural. « No me gusta el libro de B. Constant, no creo que todos los hombres sean Adolfo, pero sí en los hombres de vanidad. » Byron mismo ha dicho en sus *Memorias* : « Le envío el *Adolfo* de B. C.; contiene verdades sombrías aunque á mi entender es una obra demasiado triste para ser jamás popular. La primera vez que la leí fué en Suiza (1816) por deseo de Madama de Staël » y añade una palabra contra una suposición falsa que había corrido. El original de Eleonora era Madama de Lindray, la que M. de Chateaubriand, en sus *Memorias* llama la *última de las Ninóns*. — Lo que no quiere decir que no se haya resbalado en más de un trazo aplicable á las relaciones entre el autor y Madama de Staël. Estos personajes de novela son complejos. Sismondi ha dicho demasiado en sus cartas, publicadas, después para no agujerear los antifaces más de lo que hubiera querido.

(1) Hoy puedo nombrarlo, era el compositor Catrucco.

medias, me guardé de insistir. Dejemos á la novela, á la poesía de nuestros nietos los frescos coloridos de esos misterios; nosotros, somos demasiado vecinos todavía. Dejemos pasar el tiempo, formarse de más en más la aureola sobre esas colinas, las cimas frondosas, murmurar confusamente las voces del pasado, y á la imaginación lejana embellecer un día, según su deseo, las turbaciones, los desgarramientos de almas, en esos Edenes de la gloria.

*Corina* apareció en 1807. El éxito fué instantáneo, universal; pero no es en la prensa que debemos buscar los testimonios. La libertad crítica, lo mismo que literaria iba á cesar de existir; Madama de Staël no podía, por esos años, hacer insertar en el *Mercurio* un interesante, pero sencillo análisis del notable *Ensayo de M. de Barante sobre el siglo XVIII*. Se estaba, cuando apareció *Corina*, en vísperas y bajo la amenaza de esta censura absoluta. El descontento del soberano contra la obra (1), probablemente porque este entusiasmo ideal no tenía fin práctico, bastaba para paralizar los elogios impresos. No obstante, *El Publicista* órgano moderado de la camarilla de M. Suard y de la libertad filosófica en la jurisdicción del ingenio, dió tres buenos artículos firmados D. D., que debían ser de la señora de Meulán (Madama Guizot). Desde luego, M. de Feletz, en los *Debates*, continuó su enredo meticuloso, pero cuidadosamente cortés (2). M. Boutard alabó

(1) « Si hay que creer una anécdota, dice M. Villemain en una de sus bellas lecciones sobre Madama de Staël, el dominador de Francia fué de tal modo herido por el ruido que hacía esta novela, que compuso él mismo una crítica insertada en el *Monitor*. Vituperaba vivamente el interés extendido sobre Oswald y lo achacaba á falta de patriotismo. Se puede leer esta crítica amarga y espiritual. « He buscado en vano este artículo que probablemente no lleva el título directo de *Corina*. Dejo el placer de encontrarlo á los admiradores de la literatura Napoleónica, que empiezan á descubrir en el héroe al primer escritor del siglo (Thiers, Carrel, Hugo, etc.). — Dejemos al César lo que le pertenece, pero no le llevemos todas las coronas.

(2) Desde que tuve el honor (en mi paso por la Biblioteca Mazarina) de conocer á este espiritual representante de la crítica antigua;

y reservó preciosamente las opiniones relativas á las Bellas Artes. Un M. C. (pues ignoro su nombre) hizo en el *Mercurio* un artículo sin malevolencia, pero sin valor. ¡ Eh! ¿ Qué importa á Madama de Staël esta crítica inmediata? Con *Corina* ha entrado definitivamente en la gloria y en el imperio. Hay un momento decisivo para los genios en que se arraigan de tal manera, que los elogios que se les pueda hacer no interesan más que la vanidad y al honor de los que se hacen. Se les es deudor de tenerlos que ensalzar; su nombre viene á ser una ilustración en nuestro discurso. Es como un vaso de oro que se pide prestado para adornar nuestra morada. Así fué Madama de Staël á partir de *Corina*. Europa entera la coronó bajo este nombre. *Corina* es verdaderamente la imagen de la independencia soberana del genio, aun en el tiempo de la más completa opresión; *Corina*, que se hizo coronar en Roma, en el Capitolio de la Ciudad Eterna, donde el conquistador que la desterró no pondrá jamás el pie, Madama Nécker de Saussure (*Notice*), Benjamín Constant (*Mélanges*), M.-J. Chenier (*Tableau de la Littérature*), han analizado y apreciado la obra de modo que hace inútil nuestra tarea: « *Corina*, dice Chenier, es Delfina todavía; pero perfeccionada, independiente, dejando á sus facultades un pleno vuelo y siempre doblemente inspirada por el talento y por el amor. » Sí; pero para *Corina* no es más que una distracción brillante una

pude saber, como podían su bondad real, nobleza y rectitud de corazón conciliarse con esas malicias de pluma y ligeros arañazos tan dolorosos al amor propio de los autores. Cuando M. de Feletz sentía la necesidad de decir algo, nada podía contenerle; tenía esto del crítico periodista. Su defecto al lado de su carácter burlón era el de no tener cuenta de las partes elevadas y serias, lo que le sacaba de tino. Como escritor de sociedad, no profundiza, y cuando hay una broma, la dilata, lo cual le excluye de la amabilidad. Madama de Staël, que por otra parte guardaba poco los resentimientos, odiaba por excepción á M. de Feletz. Un día que le vió entrar en un salón, salió ella por la otra puerta. Su crimen era imperdonable para ella: había hablado mal de M. Nécker. (Ver las *Mélanges* de M. de Feletz, tomo VI, página 280, y el volumen ulteriormente publicado de *Jugements*, página 352).

mayor ocasión de conquistar los corazones : « Buscando la gloria, dice á Oswaldo, siempre esperé que ella me haría amar. » El fondo del libro nos demuestra esta lucha de potencias, noblemente ambiciosas ó sentimentales y de felicidad doméstica, pensamiento constante de Madama de Staël. *Corina* tiene á gala resplandecer por instantes como la vestal de Apolo, le gusta ser, en los caos habituales de la vida, la más sencilla de las mujeres, una mujer alegre, movida, abierta á mil atractivos, capaz sin esfuerzo al más gracioso abandono; á pesar de todos estos recursos externos é internos no escapará á sí misma. Cuando se siente presa por la pasión, *por esta garra de buitres bajo la cual la felicidad y la independencia sucumben*, me gusta su impotencia para consolarse, me gusta su sentimiento más fuerte que su genio, su invocación frecuente á la santidad de los lazos que sólo impiden los bruscos desgarrones, y oír la en el momento de morir, confesar en su canto de cisne : « De todas las facultades del alma que debo á la naturaleza, la de sufrir es la única que he ejercido completamente. » Este margen prolongado de Delfina á través de *Corina* me seduce principalmente y me interesa en su lectura; el admirable cuadro que rodea por todas partes las situaciones de su alma ardiente, móvil, severa por añadidura. Estos nombres de amantes, no grabados ahora, sobre la corteza de cualquier álamo, pero inscritos en las paredes de las ruinas eternas, se asocian á la grave historia y se convierten en una parte viva de su inmortalidad. La pasión divina de un ser que no puede creerse imaginario, que se deslizó á lo largo de los antiguos circos, otra víctima que no se olvidará jamás; el genio que la creó es un vencedor más y no el más pequeño de esta ciudad de todos los vencedores.

Cuando Bernardino de Saint-Pierre se paseaba con Rousseau, como le preguntase un día si *Saint-Preux* era el mismo : « No, respondió Juan Jacobo; *Saint-Preux* no es del todo lo que yo he sido, sino lo que hubiera querido ser. » Casi todos los novelistas poetas

pueden decir lo mismo. *Corina* es, respecto de Madama de Staël, lo que ella hubiera querido ser, lo que después de todo (y salvo la diferencia del arte á la dispersión de la vida), ella ha sido. De *Corina* no ha tenido tan solo el Capitolio y el triunfo; tendrá también la muerte por sufrimiento.

Esta Roma, este Nápoles que Madama de Staël pintaba á su manera en su novela-poema *Corina*, M. de Chateaubriand la describía bajo el mismo aspecto en la epopeya de los mártires. En esta no se interpone ninguna nube de Germania, y entramos con Eudora en la juventud antigua, encontrando en todas partes la sobriedad viril del dibujo, la sencillez espléndida del pincel. Al comparar las diferentes maneras de sentir y de pintar Roma desde que Roma ha comenzado á ser una ruina, no encontramos otro trabajo más docto é ingenioso que el de M. Ampère (1).

¡ Roma ! ¡ Roma de los mármoles, de los horizontes y de los grandes recuerdos, tú debieras prestar apoyo á ideas menos efímeras !

Una persona de talento escribía : « Lo poesía que más me enamora es la que existe en Roma; ó se vive con ella, ó no se la comprende en absoluto. » *Corina* no es más que una variedad del *culto romano*, de ese sentimiento de la Ciudad Eterna con sus distintas épocas y sus diferentes almas.

Una parte encantada de *Corina*, mucho más encantador porque no tiene la pretensión de serlo, es aquella en que despunta el ingenio en la conversación por boca del conde de Erfeuil, y en la que vemos asomar á la sociedad francesa. Madama de Staël vitupera á esta sociedad diciendo que no hay en ella nada de interesante; pero entonces es cuando la autora, sin darse cuenta, está más dentro de ella. Puede decirse que lo que Madama de Staël sabe expresar mejor es lo que con más frecuencia desdeña. Como en *Delfina*, hay retratos : Madama de Arbigny, esta mujer fran-

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1835, tomos II y III.

cesa que lo arregla y lo calienta todo, es *uno*, como lo era Madama de Vernon. En secreto la llamaban Madama de Flahaut, como asimismo se sabía también de qué elementos diversos se componía la noble figura de Oswald, que la escena de la despedida tenía mucho de realidad y que la desesperación de Corina durante la ausencia recordaba otra desesperación.

Aun siendo así, á pesar de lo que hay en *Corina* de charlas y de copia de la sociedad de aquella época, no es precisamente en este libro en el que se puede reprochar á Madama de Staël falta de consistencia y de firmeza en el estilo, ni aglomeración desordenada de pensamientos. Se ha apartado por completo, para la ejecución general de este libro, de la conversación ingeniosa, y de la improvisación escrita, como hacía algunas veces (*stans pede in uno*) de pie y apoyada en el ángulo de una chimenea. Si aun hay imperfecciones de estilo, es debido solamente á extrañas causas. He visto en un ejemplar de *Corina*, anotados con lápiz, una cantidad prodigiosa de *pero* que hacen monótonas las primeras páginas. Sin embargo, un cuidado muy atento preside en todos los detalles de esta soberbia obra. El escritor ha llegado á la majestad mantenida, al nombre (1).

El libro *De la Alemania*, que no apareció hasta 1813, en Londres, estuvo para publicarse en 1810 en París.

(1) Al principio de una reimpresión de *Corina*, en 1839, añadíamos: « A medida que el tiempo pasa el interés que despertaron estas obras subsistentes y duraderas puede variar, pero nunca podrá disminuir. Sus defectos llegan á ser pinceladas que tienen sus encantos, como la expresión de un buen gusto que pasó, pero que volverá á reinar. Algo ha perecido entre lo que aun vive; y ese tinte de tristeza encaja bien en la admiración. Encajará mejor en este momento en el que un reciente recuerdo fúnebre acompaña á esta figura inmortal de Corina, y cuando se piensa inevitablemente al hablar de Madama de Staël que acaban de levantar una tumba. Este libro, que la muerte de un padre envió á meditar á Italia, este libro que apenas tiene treinta años, ha visto ya amortajar á Madama de Staël, á su hija y á su hijo. Se puede volver á leer en presencia de la idea de muerte, pues si no dice el verdadero misterio de las cosas de la vida, por lo menos todo lo que hay en él es bueno, bello y generoso.

Estaba sometido á los censores imperiales, como Esmenard, cuando una brusca decisión de la policía evitó que saliese á la luz. Ya conocemos la carta del duque de Rovigo, y esta vergonzosa historia. Siendo Alemania cada vez más conocida, y habiendo adelantado mucho desde aquella época, puede parecer hoy el libro de Madama de Staël menos completo en su parte histórica, y por eso la opinión se muestra más descontentadiza y más dada á reparar sus faltas. Mas, aparte de la iniciativa, de la que nadie entonces había sido capaz, y que Villiers solo, si hubiese tenido tanto talento para escribir como para conversar, habría compartido con ella, no creo que se pueda buscar en otra parte mejor que en este libro la explosión repentina del genio alemán, la descripción de esta época brillante y poética que se puede llamar el siglo de Goëthe. La poesía alemana parece que nació y murió con este coloso y su vida fué la de un patriarca, y al desaparecer el genio todo fué descomposición y decadencia. Al abordar á Alemania insistió mucho sobre la parte filosófica, acerca de las doctrinas opuestas á las de los idealistas franceses, distanciándose entonces de la filosofía que adoptó al principio. En esta obra podemos observar en Madama de Staël, un creciente cuidado porque sus escritos no fuesen tachados de inmorales. « Un trabajo no es suficientemente moral sino cuando sirve al perfeccionamiento del alma. » En la admirable disertación que por obra de un religioso solitario pone en boca de Juan Jacobo, dice que « el genio no debe servir más que para expresar la bondad suprema del alma ». Se muestra muy decidida á combatir la idea del suicidio. « Cuando se es muy joven, la degradación no ha comenzado aún, y entonces la tumba no parece más que una imagen poética, un sueño, un grupo de figuras arrodilladas que nos lloran, y no es sino en plena vida cuando se sabe por qué la religión, esta ciencia del alma, ha mezclado el horror de la muerte al atentado contra la propia existencia. » Madama de Staël en el periodo del dolor en que se halla-

ba entonces, no adjuraba del entusiasmo y termina su libro celebrándole, pero haciendo esfuerzos para regularle en presencia de Dios. El *Ensayo sobre el suicidio*, que se publicó en 1812 en Estokolmo, fué escrito en 1810, y en él se manifiestan más netamente los signos de la revolución moral que se operaba en el alma de Madama de Staël.

La amargura que le causó la supresión inesperada de su libro fué muy grande. Seis años de estudios y de esperanzas destruidos, un redoblamiento de las persecuciones en el momento en el que esperaba una tregua, hicieron que su situación en esta época fuese una prueba decisiva, que la obligó á entrar sin titubear en lo que ya he llamado sus años sombríos. ¡Qué siga su marcha, que siga su marcha, desde entonces, á pesar de la gloria que no la abandona nunca, ya no habrá para ella ni momento de descanso al canto en el Capitolio! Hasta entonces, aun la mismas tempestades de la vida, habrían tenido reflejos encantadores y atractivos momentáneos, y según su propia expresión tan bonita, había en su vida una *música escocesa*. Pero, á partir de aquella fecha, todo fué más amargo. La juventud, este grande y potente consuelo, había huído. Madama de Staël sentía horror á la vejez y se estremecía ante la idea de que llegase, y un día, en el que no disimulaba esta sensación delante de Madama Suard, ésta la dijo: « Vamos, vamos, vos seréis una vieja adorable. » Mas, repito, se estremecía ante tal idea; la palabra *juventud* tenía á su oído un gran encanto musical; se complacía en intercalarla en sus frases, y algunas como *éramos jóvenes entonces* anegaban sus ojos en llanto. « ¿ No se ve con frecuencia — exclama, — la repetición del suplicio de Mezenzio en la unión de un alma todavía viva en un cuerpo destruido como dos enemigos inseparables? ¿ Qué significa este heraldo que precede á la muerte, si no es la orden de vivir sin dicha y de abdicar, flor tras flor, cada día de la corona de la vida? Se abandonaba al pasado más lejano, *lejos de los últimos días que repiten con voz cascada las melo-*

*días de los primeros*. El sentimiento que hizo nacer en M. Roca le envolvió aún en esta época un poco de la ilusión de la juventud, y se complacía en mirar en el espejo mágico de dos ojos jóvenes seducidos por falsas apariencias el mentis á muchos temores. Pero su matrimonio con M. Roca, lleno de heridas, el culto de agradecimiento á que se consagró, su propia salud alterada, contribuyeron á que sus actos fuesen más regulares. *La música escocesa, la música alegre* del principio, fué bien pronto un himno santificado, austero. Faltaba que la religión penetrase desde entonces más en su vida, no solamente en la teoría sino también en la práctica. Más joven, menos acabada, le había bastado ir en ciertas horas de tristeza al otro lado del parque, á la tumba de su padre, á entablar una conversación mística con Benjamín Constant y con M. de Montmorency. Cuando la vida avanza, una vez perdido todo consuelo contra los sufrimientos positivos y crecientes, cuando todo falta y todo se marchita de día en día y se descolora, y las inspiraciones pasajeras no se mantienen, se siente necesidad de una creencia más firme, y Madama de Staël no la buscó sino en donde la podía encontrar, en el Evangelio, en el seno de la religión cristiana. La constancia de algunos amigos, el abandono, las mezquinas excusas, los *temores disfrazados al daño del pecho* de los otros, habian tenido una gran influencia en su corazón y la habian contristado. Se veía envuelta en un contagio fatal que ella comunicaba á los seres más amados y entonces se exaltaba al pensar en los peligros. « *Yo soy el Oreste del destierro* », exclamaba ante los amigos íntimos que se mostraban abnegados con ella. Y añadía: « Estoy en mi imaginación como en la torre de Ugolin. » En el espacio demasiado limitado de Coppet y, sobre todo, en su imaginación terrible, quería á la fuerza dominar al aire libre, el espacio inmenso. El prefecto de Ginebra, M. Capelle, que había sucedido á M. de Barante, le insinuó que escribiese algo sobre el rey de Roma: una palabra la había allanado todos los caminos, le había abierto las puertas de todas las ciu-

dades; pero ni un instante pensó en ello, y en su ingeniosa sutileza sólo se le ocurrió desearle una buena nodriza. Los *Diez años de destierro* pintan con gran realidad las vicisitudes de esta época suya tan agitada, y la vemos estudiando sin cesar el plano de Europa como si fuese el plano de una gran prisión de la que quisiera evadirse. Todos sus deseos tendían hacia Inglaterra y, sin embargo, tuvo que ir á San Petersburgo.

En esta disposición, y después de una crisis resuelta, y de una gran madurez interior, la Restauración trajo á Francia á Madama de Staël. Había visto en Inglaterra á Luis XVIII y anunció á un amigo. « Tenemos un rey muy favorable á la literatura. » Le agradaba este príncipe cuyas opiniones moderadas le recordaban algunas de su padre. Le había convertido completamente á la política inglesa, en esta Inglaterra que le parecía por excelencia para la vida familiar y para las libertas públicas. Se la vió volver calmada, más circunspecta, llena de impetuosidad generosa hasta el último momento; pero adepta á las opiniones semi-aristocráticas que no había profesado nunca desde 1795 á 1802. Su hostilidad contra el Imperio, su ausencia de Francia, el frecuentar soberanos aliados y á sociedades extranjeras, la extremada fatiga del alma que rechaza las impresiones menos atrevidas, contribuyeron á esta metamorfosis. Madama de Staël, al envejecer, se acercó á las antiguas opiniones de su padre. Lo mismo que se observa que los temperamentos á medida que envejecen vuelven al estado primitivo de la infancia y pierden las variedades contraídas en el intervalo que media; lo mismo que las revoluciones tienen un fin más pequeño que el se proponía al comenzar, Madama de Staël, hacia el final de su vida, vino á refugiarse en un sistema mixto, más atemperado, casi doméstico para ella. Al aceptar Madama de Staël la Charte de Luis XVIII vemos á la hija de M. Nécker volver á Saint-Ouen.

Las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, última obra de Madama de Staël, que sirve para formar

un juicio total de ella y para clasificar su nombre en política entre el de su padre y el de su yerno, la dan á conocer bajo ese aspecto de liberal, mitigado, inglés, y un poco *doctrinario*, mucho mejor que nosotros podríamos hacerlo. En seguida de su vuelta á Francia, no tardó en ver cómo brotaban las exigencias de los partidos y todas las dificultades que complican las restauraciones. Las condescendencias, las medidas de conciliación, fueron desde el principio la vía indicada por ella. En la intimidad con Madama de Duras y con Chateaubriand buscaba una comunión más intensa que la suya. « Mi sistema — decía en 1816 — está siempre en total oposición con el que se sigue, y mi afecto más sincero es para aquellos que le siguen. » Desde entonces tuvo que sufrir mucho en sus relaciones y en sus afectos íntimos por las divergencias que estallaron; el grupo de amistades se desunía en su derredor y algunas adquisiciones nuevas, preciosas, como la de M. Mackintosh, reparaban imperfectamente las pérdidas sufridas. ¡ Días penosos, que llegan tarde ó temprano en todas las existencias, durante las que se ve á los seres preferidos, que con una especie de arte reunimos en el seno de un mismo amor, repararse, mirarse con rencor, deshojar la flor del afecto que tanto les agradaba antes ! Estos desengaños, que no se detienen ni aun ante las amistades más queridas, afectaban singularmente á Madama de Staël y la arrancaron, si no de la vida, al menos de las vanidades y de las dulzuras perecederas. Acabó por perder el gusto de escribir á M. de Montmorency, al *admirable amigo*, á causa de las malhadadas divergencias á las que él concedía una gran importancia. M. de Schlegel odiaba mucho á esta política invasora, y se mostraba muy á disgusto en aquellos círculos turbulentos, en los que no estaba representada la bella literatura como en Coppet. Madama de Staël, muy sensible á todo esto, y ya herida por un mal siempre creciente, se refugió en la familia ó, más bien, en la fidelidad de *Este que no nos puede ser infiel*. Murió rodeada de todos los nombres escogidos,

á los que deseáramos unir el nuestro. Murió en París (1) en 1817, el 14 de Julio, día de libertad y de sol, pléticos sus órganos minados por la edad, del genio que siempre les animó, haciendo dos días antes que la llevasen en una butaca al jardín, en donde distribuyó entre los nobles seres que abandonaba, hojas de rosa y santas palabras.

La publicación póstuma de las *Consideraciones*, que tuvo lugar en 1818, fué un acaecimiento y constituyó brillantes y públicos funerales hechos á Madama de Staël. Ella proponía á la Revolución francesa, y aun á la misma Restauración, una interpretación política de gran resonancia y de influencia duradera. Era una Monarquía, según la Charte, á su manera; fuera de ésta y de la Chateaubriand, no había apenas salud para la Restauración, en tanto que el camino continuado entre los dos límites habría podido prolongarse indefinidamente. Cada partido de entonces, en el entusiasmo de la novedad, se apresuró á pedir á este libro armas para defender su propio sistema. Las alabanzas fueron justas y los ataques apasionados. Benjamín Constant, en *Minerve*, y M. de Fitz-James, en el *Conservateur* hablaron con gran elocuencia; aunque, como supondrán los lectores, cada cual desde puntos de vista totalmente opuestos. M. Bailleul y M. de Bonald publicaron folletos. La influencia que con esta obra ejerció Madama de Staël en el naciente partido liberal filosófico, que más tarde representó *Le Globe*, fué directa. La influencia conciliadora, expansiva, irresistible que resultó de su presencia, ha faltado en más de una ocasión, al partido político que, por decirlo así, emana de ella.

Mas, según pienso yo, en los dominios del arte que su acción, más bella, eficaz cordial, inteligente, favorable á los talentos nuevos, buscándolos y modificándolos con provecho para ellos. Entre todos los que brillan hoy, pero diseminados y sin lazos de unión, acaso ella hubiese sido esta unión, el hogar comuni-

(1) Calle Neuve-des-Mathurins.

cativo y caliente en el que se habrían comprendido y prendido los unos en los otros y se habrían perfeccionado. ¡ Oh, si Madama de Staël hubiese vivido, admirativa y sinceramente amante como era! — ¡Cómo habría buscado la compañía de esa mujer de talento eminente con quien yo no quiero compararla todavía! — ¡cómo, en ciertos momentos de severidad de los falsos moralistas, al día siguiente de la aparición de *Lelia*, habría ido en busca del autor rebo-sando ternura é indulgencia. Delfina sola entre todas las mujeres; fué á sentarse al lado de Madama de R... En lugar de la banal curiosidad, ó de maliciosas alabanzas, cómo habría estrechado francamente contra su corazón á este genio más artista que ella, pero hasta ahora menos filosófico, menos creyente, con menos clarividencia en asuntos políticos! ¡Cómo ella le habría hecho amar la vida y la gloria! ¡Cómo le habría hablado elocuentemente de la *clemencia del cielo* y de una *cierta belleza del universo que no existe para atemorizar al hombre, sino para predecirle mejores días!* ¡Cómo le habría aplaudido y animado hacia inspiraciones más serenas! ¡Oh, tú que la opinión proclama como la primera en literatura, después de Madama de Staël, tú sientes, yo lo sé, hacia ella, una admiración en la que hay un profundo agradecimiento por todo aquello que ella habría querido hacer por ti y que habría hecho. Habrá siempre en tu gloria un primer nudo que te une á la suya (1).

Mayo, 1835.

(1) Se comprende bien que se trata de Madama Sand. Desde hace treinta años que este estudio sobre Madama de Staël apareció se han publicado muchos trabajos y documentos que han hecho la luz en muchas cosas. Me contentaré con indicar el artículo *Madama de Staël, embajadora de Geoffroy* en la *Revue des deux Mondes* en 1 de Noviembre de 1856, el volumen titulado *Coppet y Weimar*, publicado por M. Lenormand en 1862, la obra que tiene por título *La Condesa de Albany* y la recopilación de *Cartas inéditas* de Sismondi publicada por M. Saint-René Taillandier en 1862 y 1863.